

OSCURIDAD

(y algo de luz)

Alberto Pasamontes Navarro

OSCURIDAD
(y algo de luz)

Oscuridad (y algo de luz)

Primera edición: octubre de 2026

© De la obra: Alberto Pasamontes

© Fotografía del autor: Fernando Bódalo

© Bohodón EdicionesTM S.L.

www.bohodon.es

Avenida Ensanche de Vallecas 42

28051, Madrid

e-mail: ediciones@bohodon.es

ISBN-13: 979-13-87719-82-1

ISBN E-book: 979-13-87719-83-8

Depósito legal: M-21512-2026

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo o por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

LEO

Ni siquiera la luna parecía querer entrar en aquel callejón que olía a especias, orín y vómito rancios. La hora larga que Leo llevaba escondido tras los contenedores de basura que había junto a la puerta de servicio de un restaurante de comida libanesa hacía que el frío comenzara a resultar insoportable. Sacó el mechero y el tabaco del fondo de sus bolsillos. Encendió el último cigarrillo, estrujó el paquete y lo tiró a un charco. Una falsa sensación de bienestar lo invadió cuando el humo penetró cálido y denso en sus pulmones. Cerró los ojos un momento, paladeando los aromas a café y vainilla del tabaco, para escapar por unos segundos de la podredumbre que lo rodeaba. Cuando los abrió de nuevo, una silueta entraba en la angosta calleja. La puerta del restaurante quedaba metida unos centímetros en la fachada del edificio, y él aprovechó el hueco para ocultarse en la sombra. Apagó el cigarro contra un ladrillo de la pared y, mientras esperaba a que el hombre llegase a su altura, sacó un cuchillo de cocina que llevaba guardado bajo su abrigo. La silueta arrastraba los pies al andar. Un rayo de luna consiguió colarse entre las nubes en el mismo momento en que pasaba frente a Leo.

—Mierda —murmuró contrariado, al ver que solo era una yonki que a duras penas conseguía mantenerse vertical. Aquella tía

tenía aún menos pasta que él. Lo que sí tenía era buen olfato. Se detuvo y olisqueó el aire. Luego miró con ojos vidriosos hacia las sombras donde se ocultaba Leo.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó con voz quebrada—. ¿No me darás un pito?

—Lo que te voy a dar es una cuchillada como no te largues de aquí ahora mismo —escupió Leo, permitiendo que la clara luz de la luna brillase sobre el acero.

La mujer se puso de nuevo en marcha sin contestar y se alejó dando tumbos por el callejón. Leo la observaba con desprecio, pensando cómo alguien podía caer tan bajo. Luego le asaltó la idea de que él mismo no era mucho mejor.

—¿Pero qué coño estás diciendo? Tú no eres como ella, no vuelvas a pensar eso —se regañó a sí mismo en voz alta. Buscó el cigarrillo a medio consumir en el bolsillo y volvió a encenderlo. De pronto sabía amargo. Como los meses de paro y las humillantes entrevistas en las que lo descartaban en cuanto veían que andaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta.

Dio una última calada, tiró el pitillo y lo aplastó bajo la suela de su bota. Pensó en las exigencias de su nueva profesión y se preguntó si en verdad tendría valor para hundir aquel cuchillo en el vientre de alguien por unos cuantos euros. O por cualquier otro motivo por el que alguien estuviese dispuesto a pagar. Desechó tal posibilidad de inmediato. En realidad, en los tres meses que llevaba ejerciendo, nunca había matado a nadie, ni siquiera herido, ni tenía la menor intención de hacerlo. Había una línea que no estaba dispuesto a traspasar por nada del mundo. Además, contaba con la ventaja de su cuerpo grande y arisco, ya imponente por sí solo, que, junto con la siempre atemorizante visión del cuchillo, eran motivación más que sobrada para que sus víctimas se plegasen a sus peticiones monetarias sin rechistar. Nuevas nubes se tragaron la luna y enseguida comenzó a llover con fuerza.

Se subió la capucha del anorak y se dispuso a esperar otro rato más. No podía regresar con las manos vacías, necesitaba ya algo de dinero. El charco frente a él se extendió rápidamente y un pequeño río comenzó a fluir por el callejón, llevándose el paquete de tabaco que navegó hasta desaparecer por un colector. De repente, unos pies chapotearon con prisa sobre el agua, a pocos metros de él. Leo se pegó a la puerta y esperó. Un tipo corría para no mojarse, aunque ya estaba calado. Llevaba la chaqueta de su caro traje desabrochada y el nudo de la corbata deshecho. Sin duda saldría de alguna cena de negocios, o de los cuatro copazos con los que se cierran los tratos que siempre siguen a la comilona. Confió en que no se habría gastado todo el dinero y, cuando el hombre llegó a su altura, salió a su encuentro, asiendo al albaceteño con fuerza.

—Veo que llevas mucha prisa —dijo al tiempo que se plantaba frente a él y apoyaba la punta del cuchillo bajo su nuez—. Si me das tu cartera, irás más ligero.

El tipo del traje lo miró, sorprendido primero, y con algo parecido al miedo después.

—Sí, tranquilo. Llévate lo que quieras, pero aparta eso, por favor —dijo, con las manos levantadas a la altura de los hombros.

Leo aflojó un poco la presión sobre su cuello.

—Venga, rapidito, que nos estamos mojando.

El hombre metió la mano dentro de su chaqueta y comenzó a sacar algo. Leo no supo si fue un rápido cambio en sus ojos o el leve clic que oyó cuando aquel tipo quitó el seguro, pero consiguió apartar la mano que sujetaba la pistola al tiempo que un estallido resonaba en el callejón. La bala pasó silbando junto a su oreja y se incrustó en uno de los atestados contenedores de basura.

Al instante se dio cuenta de que, además del agua de lluvia, otro líquido más caliente y espeso chorreaba por su mano,

que apretaba con rabia el cuchillo. El hombre lo miraba fijamente, con los ojos tan abiertos que resultaba grotesco. Entonces le pareció como si, de repente, todo el peso de aquel tipo descansara sobre su brazo. Bajó la vista. La afilada hoja había desaparecido en la garganta del hombre. Tiró de la empuñadura con fuerza. El cuchillo desgarró la blanda carne del cuello, y un chorro de sangre salió a presión, salpicando a Leo en la cara. El hombre cayó muerto, y al hacerlo la pistola todavía humeante cayó al suelo. Un miedo atroz invadió a Leo, convirtiendo sus extremidades en piedra por unos segundos. Algunas ventanas acusadoras se iluminaron en el oscuro callejón. Al verlo, Leo reaccionó como si aquellas bombillas hubiesen prendido también en algún rincón de su cerebro. Palpó a toda prisa la ropa del cadáver. Encontró el billetero en el mismo momento en que se abría la puerta del restaurante. Luego echó a correr bajo la lluvia, acosado por los gritos de los empleados del establecimiento, y solo se detuvo cuando, muchas calles más tarde, sus piernas se negaron a sostenerle por más tiempo y cayó exhausto al suelo. Vomitó.

Se lavó con el agua que un canalón escupía sobre la acera. Era agua sucia, olía a podrido, pero al menos se llevó consigo el tinte encarnado que teñía su piel. Había dejado de llover. Revisó la cartera de aquel tipo, se guardó los ciento cuarenta euros que había dentro y la tiró por un desagüe, junto con el maldito cuchillo.

Con las manos escondidas en los bolsillos, luchando contra su instinto, que le exigía correr lo más rápido posible, se marchó caminando, huyendo de las farolas, procurando no llamar la atención, y desapareció sigiloso en las tripas de la noche.

* * *

Cerró la puerta con cuidado de no hacer ruido. La antigua estufa de carbón todavía tenía brasa. Era el único sistema de

calefacción de la casa y Clara siempre la dejaba así para que no hiciese frío por la noche. Leo se quitó la ropa y la echó dentro. Se aseguró de que ardiese por completo antes de ir a ducharse. El agua estaba helada, pero aguantó debajo del chorro todo lo que pudo, mientras se frotaba con jabón y un estropajo hasta casi desintegrar su piel. Aun así, no conseguía hacer desaparecer esa sensación de vileza y degradación que parecía derramarse densa y pegajosa sobre su cuerpo. Recordó los ojos del hombre, el charco de lluvia teñido de rojo, sus propios pensamientos momentos antes de que aquel desgraciado entrase en el callejón, y le pareció que sus principios habían quedado muy lejos.

Si no hubiese sacado la pistola... —se justificó—. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué tuvo que hacer esa estupidez?

Dio dos puñetazos a los azulejos de la pared. Algunas de sus falanges se quejaron con débiles crujidos, pero ninguna de ellas llegó a quebrarse del todo. Guardó su mano entre el brazo y las costillas y se mordió los labios para aguantar el dolor. Entonces se dio cuenta de que estaba tiritando. El sonido de sus dientes chocando unos contra otros lo acompañó mientras salía de la ducha. Se secó pensando en una excusa para explicar la desaparición de su ropa.

Se metió en la cama despacio, cuidando de no despertar a Clara. Los muelles del viejo somier chirriaron. Echó un vistazo a la cuna de Rosa, situada junto a la cama de matrimonio en la única habitación de la vivienda. El chupete se había caído de su boquita y descansaba sobre la sábana, y Rosa dormía plácidamente. Leo se encogió bajo las mantas. Al hacerlo, sus pies rozaron los de Clara.

—¡Estás helado! —protestó ella entre sueños.

—Lo siento, es que está lloviendo. He llegado empapado y lleno de mugre y me he dado una ducha.

—Jodido turno de noche... ¿Has cobrado?

—Sí, por fin, lo de la semana pasada —mintió Leo.

—Menos mal, solo quedan un par de pañales y la nevera está vacía.

Rosa se revolvió en su cuna. Leo alcanzó el chupete entre los barrotes y se lo puso en la boca.

—Hasta mañana —dijo Leo. Luego besó el cuello de su mujer.

Clara se volvió y, a pesar de que su marido estaba helado, se abrazó a él. La lluvia repicaba con fuerza sobre el tejado de uralita. Ella se quedó dormida casi al instante. Él tardó un par de horas y, cuando lo hizo, soñó que el sucio riachuelo del callejón crecía y se llevaba el cuerpo del hombre, y crecía más y más y lo arrastraba a él mismo, y no podía hacer nada por evitarlo, y cuando el colector estaba a punto de tragarle, despertó.

Y supo que volvería a hacerlo.

SUS OJOS

Sus ojos...

Todo el mundo quedaba absorto al contemplar sus ojos.

Hombres y mujeres eran incapaces de resistirse al embrujo que encerraban. Inmensos y oscuros como la noche en medio del océano, aquel que tenía la suerte de que aquellas dos perlas negras se dignasen a perder un segundo sobre él se sentía el ser más afortunado de la creación, perdía el contacto con el resto del mundo, incapaz de centrar su atención en cualquier otra cosa.

Alegres o tristes, juguetones o salvajes, tiernos o apasionados, amables o formales, arrogantes o sumisos, de mil maneras miraban a quien se acercase, acertando siempre en la forma de mirar a cada uno, siempre con un matiz nuevo, de una manera distinta, única, especial, que desarmaba a su interlocutor y le hacía cobrar ventaja de manera inmediata.

Eso se acabó. Ya no los volverá a ver nadie. Nunca más harán que alguien se sienta el centro del universo.

Lo decidí en el mismo momento en que sus ojos se posaron sobre los míos y descubrí en ellos ese matiz que no había usado con nadie más. Quizás solo fue un momento de debilidad, una décima de segundo, la única vez en que no supo controlar sus sentimientos.

Desprecio...

Me miró con desprecio, como si mi sola presencia le provocara una irrefrenable repulsión. Yo, que habría dado todo por una palabra suya, que hubiese sido su esclavo, que me hubiese rendido a sus pies sin condiciones, que la amaba más que a mi vida misma, lo único que le inspiraba era asco.

Los faros de otro coche me deslumbran. Miro un momento a la sombra que los guía. Quizás él, o ella, la encuentre. Al borde de la carretera, un par de kilómetros más abajo, su cuerpo envuelto por el fango, bajo la lluvia. Ya no me importa. Es suya, se la puede quedar.

Lo más importante, esas dos perlas negras, están guardadas en la cajita de madera que descansa en el asiento de al lado, junto a mi navaja ensangrentada.

NEGOCIOS

La puerta se abrió con un chirrido. El recién llegado se pasó dos dedos por la perilla y contempló durante unos segundos a todos los que se emborrachaban, apostaban o zorreaban en aquel antro oscuro, hediondo y cargado de humo. Todos ellos se giraron para ver su silueta, alta y oscura, recortarse contra el último sol de la tarde que entraba inmisericorde hasta el fondo del local, obligándolos a entornar los ojos. Todos menos uno, un hombre vestido con un traje de lino blanco, que se sentaba en un taburete junto a la barra mientras apuraba su vaso.

—¡Cierra de una puta vez, gilipollas! ¡Nos estás dejando ciegos! —gritó desde una mesa cercana un motero enorme que lucía barba de chivo, cabeza rapada y una esvástica tatuada tras una oreja, sosteniendo una jarra de cerveza con una mano mientras con la otra agarraba con fuerza del pelo a una cuarentona rubia de bote, zurrada por la droga y los hombres, que subía y bajaba la cabeza rítmicamente sobre su bragueta.

Una mueca de disgusto torció la boca del recién llegado al tiempo que se inflamaban las aletas de su nariz. Sin moverse del sitio, miró al motero con ojos ardientes de ira. Este se dio cuenta al instante de que no había sido buena idea increpar

al desconocido. Inquieto, intentó apartar la mirada, pero por algún motivo no pudo conseguirlo. En los ojos de aquel tipo había algo sobrenatural, algo que le hizo sentir cómo la semilla del miedo rápidamente crecía y extendía sus raíces entre los pliegues de su cerebro. Comenzó a sudar como un cerdo, asfixiado por un calor sofocante que parecía brotar de su interior. La presión de su pecho rivalizaba en intensidad con la de su cabeza, hasta el punto de que ambos parecían a punto de estallar. En cuestión de segundos, su erección había desaparecido y se había orinado encima. Mientras tanto, la rubia se había erguido y miraba al desconocido, y también sentía cómo sus bragas se humedecían, aunque por un motivo totalmente distinto.

—Déjalo ya —ordenó el que bebía apoyado en la barra.

Tras unos segundos en los que parecía decidir qué hacer, el desconocido habló con voz ronca y profunda.

—Desaparece de mi vista y quizá sigas con vida.

El motero se levantó tropezando con las sillas y, guardándose su mermada hombría tras la bragueta, salió a toda prisa en busca de una piedra bajo la que esconderse el resto de su asquerosa existencia.

Satisfecho, el hombre de la perilla sonrió y se acercó a la mesa de la rubia, que lo miraba excitada. Acercó su mano hasta el hombro de la mujer. Subió despacio por su cuello, apenas rozando su piel, gozando a través de la punta de sus dedos del escalofrío que la estremecía de arriba a abajo. Cuando la mano del hombre se separó, ella no pudo reprimir que un largo y tórrido gemido escapara de su garganta en el mismo instante en que se corría. Luego él barrió el local con la mirada y el resto de los parroquianos volvieron rápidamente a sus asuntos.

—Me citas en este pútrido lugar, dices que es urgente, y todavía tienes la poca vergüenza de llegar tarde —protestó